

Capítulo 4

El cambio; movimiento de conciencia en el sujeto historizado en la sociedad en riesgo

*Edgar Jesús Jaimes Gómez
Alberto Varela Vázquez*

<https://doi.org/10.61728/AE20252489>



Introducción

Cambio es un concepto polisémico que posee una larga lista de sinónimos para designarlo de manera equivalente, desde los que se enmarcan los procesos que se efectúan en el redimensionamiento de uno o un conjunto de aspectos de una entidad o realidad. Así, la palabra cambio se articula con términos como permutar, variar, alterar, modificar, afectar, mudar y/o trasladar, que le otorgan una carga expresiva y simbólica importante sujeta al contexto en que son usados; tales cargas se hacen evidentes en frases como cambios importantes, grandes cambios, proceso de cambio, elemento de cambio, modelo de cambio, agentes de cambio o sujetos de cambio. Esta multiplicidad de sinónimos y significaciones genera una ruptura en los efectos de un posible orden interpretativo de univocidad sobre la categoría de cambio.

La especificidad que adquiere la categoría cambio se circunscribe a la investigación que desde el cuerpo académico “Sujetos y Prácticas Educativas Cambiantes en el Contexto de la Sociedad en Riesgo” del Instituto Superior de Ciencias de la Educación del Estado de México (ISCEEM) venimos desarrollando con la intención de discutir, reflexionar y conversar respecto de las categorías que nombran al propio cuerpo. En esta disertación nos avocamos a reconocer la naturaleza cambiante de los sujetos y sus prácticas educativas, por lo que la categoría cambio es el motivo de reflexión para abrir y significar las posibilidades teóricas y epistémicas de autores de campos disciplinares filosóficos, psicológico transpersonal y biológico-cultural.

Desarrollo

Iniciaremos este ejercicio de reflexión retomando una analogía que plantea Zemelman (2011) en los Horizontes de la razón III, para aperturar los prolegómenos de la categoría cambio cuando dice que “las épocas

de los hombres son como los vientos que facilitan volar cuando se sabe descubrir sus corrientes para alzarse y darse una dirección” (p. 77).

Desde esta idea, el cambio puede leerse como el viento que facilita el movimiento, y que lleva a preguntarse cuáles son esos vientos que lo permiten, cómo descubrirlos para alzarse y dar dirección a nuestro vivir y existir en tanto sujetos.

Esta es la primera significación que el pensar nos permite dilucidar, —el cambio como movimiento en el sujeto—, es decir, en tanto seres incompletos, siempre estamos en movimiento, desde lo que nos ocurre, desde lo que vivimos como experiencia de mundo y que no necesariamente se agota en las representaciones teórico-conceptuales.

En este sentido, nos parece pertinente, considerando en cambio en la sociedad en riesgo, decir que, el movimiento en tanto capacidad del sujeto de pensar, puede tener como precisa fundamental, el rompimiento; “con cualquier afirmación de determinación univoca para ser reemplazada por significados de opciones de procesos” (Zemelman, 2011, p. 75), toda vez que el sujeto y su historia son movimiento, de esta misma forma el sujeto y sus prácticas escolares son también cambio-movimiento, y cabe aquí la pregunta, sobre el sujeto, son sus prácticas cambio-movimiento, qué es lo que genera ese cambio-movimiento, cómo su historia posibilita o limita ese cambio-movimiento, qué vientos o externalidades posibilitan o limitan el cambio-movimiento.

Las preguntas anteriores posibilitan abrir la categoría cambio-movimiento, cuando nos referimos a la idea del movimiento desde la externalidad del sujeto, es decir, el cambio-movimiento que siempre está presente en la realidad y que nos desafía constantemente para aprehenderla en su movimiento, pues siempre está en proceso de transformación. La pandemia vivida en los años recientes es muestra latente de ese movimiento; se trata de contingencias que nos desafían en la comprensión e interpretación de la realidad para estar siempre en vigía de cómo leerla desde el presente que estamos viviendo. Cómo leer el movimiento de la realidad desde las prácticas escolares.

Quizá entonces el sentido de cambio se articule al movimiento del propio sujeto, un movimiento que lo coloca en el centro desde su propia historicidad, desde su capacidad de ser consciente de sí, lo que implica,

“romper la tendencia a cosificar la realidad como simple externalidad, que envuelve a los sujetos de manera inexorable, para concebirla como una constelación de ámbitos de sentidos posibles” (Zemelman, 2002 p. 9), ver lo real más allá de la mera forma, lo real como la presencia permanente de lo gestante. Desde el punto de vista de Zemelman (2002);

...la realidad no está hecha de fragmentos insulares separados unos de otros, sin ningún tipo de ambivalencia, por límites claramente diferenciados, sino de entidades con contornos vagos y borrosos que a menudo «se vierten» unas en otras. Normalmente se presenta no en blanco y negro, de forma inequívoca, sino con matices grises y con zonas ambiguas, así como con esencias intermedias que conectan entidades varias. (s.p.)

Desde esta perspectiva, el cambio como movimiento o desplazamiento rompe con la creencia de tratarse de un proceso tranquilo o neutral, pues pone en juego las creencias y resistencias de interés personal que cada sujeto tiene, en tanto coloca a lo social como un eje de simultaneidades, coexistencias de auto alteración, que no es solo reproducción y adaptación, sino que es además creación y producción de sí misma, desafío al que los sujetos estamos convocados cuando nos enfrentamos a la realidad.

En consecuencia, el sujeto consciente de sí se mueve en lo dándose, significándose y resignificándose desde el decir del otro y con el otro, con quienes se ve afectado, desde donde se coloca en la posibilidad de “leer su propio presente potencial, abierto a nuevas determinaciones y posibilidades de despliegue, en tanto sujeto individualmente historizado” (Zemelman, 2002, p. 28). En ese sentido, el desafío del movimiento es reconocer-nos como sujetos en lo que uno es y hace, ser capaces de hacer visible la necesidad de sentido y construcción histórica gestada en la fuerza de lo inédito, inexplorado e incierto, constituido por el propio sujeto y recuperado a través del lenguaje.

Así, el movimiento en la lectura de la realidad se convierte en un elemento desde el que se trabaja la potencialidad, pues constituye ángulos de mirada que nos colocan en una forma de conocimiento que “alimenta el desafío por reconocer la dialéctica interna del sujeto para desenvolver su capacidad para transformarse en sujeto constructor, lo que se corres-

ponde con una forma particular de conciencia: la conciencia histórica” (Zemelman, 2002, p. 11).

La advertencia de movilidad de la realidad como una de sus características primordiales nos permite entender a los sujetos históricos, no solo como sujetos hechos por la historia, sino también como hacedores de historias, dinámica en la que no se subsume a los límites fijados por el rol de “hacer cosas”, pues el movimiento como posibilidad de cambio busca romper con la idea de sujeto sujetado, sometido a parámetros que lo cosifican a partir de una identidad quieta y subordinada desde la que se niega y se olvida su propia historia.

Considerando la historia y la autonomía en el sujeto y no del sujeto, el movimiento tendría que ser una posibilidad de cambio, lo que implica en el ámbito ético y epistémico, visto como el esfuerzo del hombre por construir una relación con la realidad desde la vida cotidiana. Cada día construimos el vivir que nos rodea.

El movimiento entonces tiene su génesis en la posibilidad de tomar conciencia de sí, mediante el autoconocimiento desde la psicología transpersonal (Naranjo, 2013), misma que se significa como aquello “más allá” o “a través” de lo personal, y se emplea para referirse a motivaciones, experiencias, estadios evolutivos, modos de ser, inquietudes y otros fenómenos que incluyen, pero al mismo tiempo trascienden la esfera de la personalidad individual.

En este mismo sentido de cambio-revolución, Naranjo (2013) tiene un texto que abona a la comprensión de la revolución como consciencia, dicho en sus palabras, “la revolución que esperábamos”, en donde hace una crítica de lo que como sociedad hemos heredado al mundo, pues se habla de revoluciones tanto políticas, educativas e ideológicas, pero no se cuestiona lo que ocurre en la revolución de nuestra consciencia. “... el problema principal del mundo, más allá de sus múltiples síntomas, es la inconsciencia, y que solo despertando de nuestro sonambulismo ciego podremos evolucionar” (Naranjo, 2013, pp. 10-11).

El punto de vista de Naranjo (2013) lo lleva a plantear y proponer una política de la consciencia, dado que lo que nos caracteriza como sujetos y sociedad es la inconsciencia; por ello, es fundamental un despertar de nuestras cegueras para evolucionar y transformar un mundo en crisis o, como lo designa el título del cuerpo académico, una sociedad en riesgo.

“...si queremos más consciencia, es la educación por donde debemos comenzar, pues nada promete tanto en vista de la transformación en crisis de obsolescencia, como la transformación de la educación” (Naranjo, 2013, p. 11).

La perspectiva de lo transpersonal, como afirma Naranjo (2013), resulta importante develar para “entender la historia de nuestra propia vida, para comprender cómo durante la primera fase de esta fuimos afectados por ciertas experiencias dolorosas que nos tornaron en lo que ahora somos; pues en respuesta a nuestro sufrimiento infantil hemos desarrollado ciertos patrones fijos de conducta que se han vuelto obsoletos e interfieren con que podamos tener una respuesta creativa a nuestra situación presente” (Naranjo 2013, p. 105).

Desde esta posición, el contacto con nuestras vivencias, como acto de autoconocimiento, nos permite llegar a comprender cómo los patrones de conducta que nos acompañan desde la infancia se articulan a nuestra especificidad personal y cómo la especificidad personal se acompaña de una serie de emociones a las que el propio Naranjo (2013) define como destructivas, en tanto tienen su génesis en las experiencias dolorosas de la infancia generadas por los espacios sociales en los que cada sujeto se relaciona. Por ello es necesaria la revolución de la consciencia a partir de la historia del sujeto, dado que retornar sobre ella nos permitirá reflexionar nuestro propio cambio.

Colocados en esta posibilidad, el movimiento como cambio puede orientarse hacia todo el sujeto más vasto, que no se proyecte como fragmentado por los marcos de referencia social, económica y cultural desde los que se construye una mirada unívoca del sujeto, enfocada a la cognición, al desconocimiento y negación de la dimensión afectiva, lo que ha generado condiciones patológicas que afectan a su ser y estar en las relaciones con el otro y con lo otro.

Una articulación más que podemos agregar como significación para la categoría de cambio es la que puede leerse como revolución —el cambio como revolución—; en los planteamientos de Maturana y Dávila (2021) se aborda como revolución reflexiva cuando hacen una síntesis del cambio como revolución: “Los grandes cambios no se producen sino hasta que empiezan a cambiar los individuos en sus localidades y contextos personales, para luego tocar a sus personas cercanas”. “Las

transformaciones se mueven como un virus, que va contagiando de uno en uno, hasta formar un movimiento” (p. 34).

Se trata entonces, según los autores, de un retorno hacia sí mismos, para hacer consciente el vivir que se ha conservado en cada historia, en cada sujeto, por lo tanto, en cada práctica educativa, porque el movimiento puede generarse a partir de uno mismo. Si nos damos cuenta, como lo hacen notar Maturana y Dávila (2021), de nuestras cegueras e insensibilidades, podremos posibilitar que los otros cercanos a nosotros puedan ser tocados con las sinergias que vamos construyendo al recuperar la armonía que nos constituye como seres biológicos, para no olvidar nuestros lazos con la naturaleza, en donde puede verse tangiblemente esa armonía.

En sus aportes, Maturana y Dávila (2021) nos permiten pensar y preguntarnos cuándo y por qué se dio un cambio en nuestra psiquis, que se mantiene hasta hoy día: “Hace unos siete mil años en las tierras de Europa... habitaron las culturas matrísticas... en las cuales no había diferencias entre hombres y mujeres... eran sedentarios y participaban de un modo cooperativo... en una conciencia no jerárquica del mundo natural...” (p. 13).

En este sentido, el cambio-movimiento que la pandemia del coronavirus nos develó como humanidad es una oportunidad para el despertar de nuestra conciencia, para preguntarnos qué criterios y condiciones nos trajeron hasta este presente (Maturana y Dávila, 2021). En qué momento rompimos esta armonía con el mundo que habitamos, por la necesidad manifiesta de tener poder y control sobre el otro y lo otro.

Este cambio como revolución nos permite mirar, además de los elementos biológicos del sujeto, la dimensión cultural de la realidad y cómo es que se rompe la armonía que nos constituye desde el lenguaje y en el conversar y reflexionar con el otro y lo otro. Para ello recuperamos una experiencia que Maturana y Dávila (2021) traen respecto del vivir de una mujer que logró cambiar ese linaje cultural que la constituyó en su historia.

...una mujer que recibió un gran caudal de violencia cuando era una niña. En su casa era golpeada y su madre en momentos de des-

esperación solía llevarla al borde de un río cerca de donde vivían, donde amenazaba a ella y a sus hermanos con empujarlos o saltar con ellos. Hoy, en el deseo de no repetir esa historia de dolor con su familia y en particular como mamá con sus hijos, buscó una ayuda terapéutica que ha sido larga y profunda, y ha encontrado la forma de proteger a sus hijos de ese pasado: los cuida, los educa en el amor y en la empatía con los demás, porque no quiere que ellos experimenten la vida que le tocó a ella y sus hermanos vivir. Está dañada por esa niñez, tiene que trabajar constantemente por la herencia que recibió, pero entiende que está cambiando su linaje: esos hijos están recibiendo un modo de vivir diferente. (Maturana y Dávila, 2021, pp. 19-20)

Este cambio de linaje se articula con lo planteado por Zemelman (2011) en términos del cambio-movimiento del sujeto, justo donde se puede iniciar, gestar y hacer génesis, es un ejercicio interno en el sujeto, de conciencia de sí, autoconocimiento, conciencia histórica, para después pasar a su externalidad, que son sus localidades y contextos cercanos.

Cierre

El cambio como dinámica biológica del sujeto se articula con la vida; así, una célula puede convertirse en un embrión, o la muerte puede transformar a un cuerpo humano en materia inerte, pero el cambio, desde la perspectiva que construimos aquí, se coloca en una mirada del sujeto sin reposo, en dinámica constante de recolocación o significación dentro de la lógica que hoy muestra la participación en un mundo civilizatorio. Ahí colocamos el desafío de la categoría cambio-movimiento y cambio-revolución que articulamos a la perspectiva de la conciencia histórica.

En esta idea, el cambio incorpora distintas dimensiones del sujeto referidas a la memoria, experiencia, marcas, afectaciones y concepciones de futuro que le permitan reconocer sus propios espacios de construcción en los que se coloca su forma de ver y pensar el mundo.

Si como bien menciona Naranjo (2017) en su libro “Cambiar la educación para cambiar el mundo” es necesario generar un cambio desde la consciencia de los sujetos y sus prácticas educativas, que también posibilita pensar en un cambio cultural y mental, para posibilitar una autorrealización como esencia que equilibre la integralidad del sujeto.